

CLIFFORD ODETS

ESPERANDO
AL ZURDO

Drama dividido en siete escenas

EDITORIAL *Quetzal*

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

mpss JMB 188441 19-ab-11-66
c4

PERSONAJES

FATT

JOE

EDNA

MILLER

FAYETTE

IRVING

FLORRIE

SID

CLAYTON

KELLER

PISTOLERO

REILLY

DOCTOR BARNES

DOCTOR BENJAMÍN

UN HOMBRE

UNA VOZ

Se alza el telón sobre una escena desnuda. Seis o siete hombres están sentados formando un semicírculo. Al costado izquierdo un joven mastica un escarbadientes: es un pistolero. Un hombre gordo, de aspecto porcino está hablando al público: es el dirigente de un sindicato. Y los hombres que están sentados a su espalda son un comité de huelga. Están sentados en distintas actitudes, todas presentan algún interés, todas son reveladoras de una gran diversidad de tipos, tal como se verá en seguida. El gordo está acalorado y traspira, está terminando su larga exposición. A decir verdad no está demasiado acalorado, ha comido bien y tiene confianza en sus fuerzas. Se llama Harry Fatt.

FATT — Ustedes están tan equivocados que ya no me quedan ganas de reír. Cualquiera que tenga ojos para ver, lo sabe. Miren la huelga de los textiles. ¿Qué pasó? Salieron como leones... y volvieron como corderos. Y vean el incidente de San Francisco; hambre y cabezas rotas. Los muchachos del acero también querían salir, pero ya cambiaron de idea. Es la tendencia de la época, eso es lo que hay. Todos nosotros los trabajadores ahora tenemos un hombre que nos respalda. Es el hombre más importante del país, y se ocupa de nosotros: me refiero al hombre de

la Casa Blanca. Por eso es que ahora no es el momento de ir a la huelga. Ese hombre trabaja día y noche...

UNA VOZ — *(Del público)*. ¿Para quién? *(El pistolero se agita visiblemente)*.

FATT — ¡Para ti! Y allí están los hechos que lo prueban. Si estuviéramos en la época de Hoover, acaso diría yo: ¿No salgamos, muchachos? Por cierto que no. Pero ahora las cosas son distintas. Ustedes leen los diarios tan bien como yo. Y lo saben. Por eso estoy contra la huelga. Porque tenemos que apoyar al hombre que nos apoya. Todo este país...

OTRA VOZ — ¡Se está yendo al diablo! *(El pistolero asume un aire grave)*.

FATT — ¡A ver! ¡Que se pare y muestre la cara ese rojo de porquería! ¡A ver si es hombre! ¿Por qué no se para para que lo veamos? *(Espera en vano)*. ¡Cobarde! Todos los rojos son unos cobardes. Y yo ya eché el ojo a cuatro o cinco en este sindicato. ¿Qué diablos van a hacer ellos por ustedes? Los van a sacar a la calle y se van a escapar en cuanto empiecen los líos. Dénle a estos pájaros nada más que la sombra de una oportunidad y ya van a llevar a todas sus hermanas y esposas a los prostíbulos, como hacen en Rusia. ¡Quieren arrancar a Cristo de su cruz de dolor! ¡Van a destruir vuestros hogares y arrojar los chicos al río! ¿Y ustedes creen que eso es mentira? Lean los diarios. Bueno, escuchen. No podemos estar aquí toda la noche. Yo ya les dí los elementos del asunto. Y ustedes, muchachos, tienen que irse a casita donde les está esperando la cena caliente. Y yo...

OTRA VOZ — ¡Eso lo dice usted!

PISTOLERO — ¡A ver ese, que se siente!

OTRA VOZ — ¿Y dónde está el Zurdo? *(Esta pregunta es repetida al unísono por los otros. Fatt golpea con la mano)*.

FATT — Eso es justamente lo que yo quiero saber. ¿Dónde está el amigo ese? Ustedes lo eligieron presidente, y ¿dónde diablos se metió?

VOCES — ¡Queremos al Zurdo! ¡Zurdo! ¡Zurdo!

FATT — *(Golpeando)*. ¿Qué se creen que es esto, un circo? Aquí tienen el comité. A este hatito de inservibles que ustedes mismos eligieron. *(Señala al hombre sentado al extremo derecho)*.

EL HOMBRE — Benjamín.

FATT — ¡Ah, sí! Benjamín, el "Doctor" Benjamín. *(Señalando a los otros hombres sentados)*. Benjamín, Miller, Stein, Mitchell, Phillips, Keller. Y no es culpa mía si el Zurdo se mandó a mudar. Si ustedes, muchachos...

UNA VOZ FUERTE — ¿Y qué dice el comité?

LOS OTROS — ¡El comité! ¡Que hable el comité! *(Fatt trata de calmar los ánimos pero sorpresivamente uno de los hombres se pone de pie y pasa al frente. El pistolero avanza hacia él, pero Fatt le detiene)*.

FATT — A este déjalo hablar. Vamos a ver qué es lo que estos rojos tienen que decir. *(Se oyen varios gritos desde el público. Fatt insolentemente vuelve a su asiento en la mitad del semicírculo. Se sienta sobre una plataforma ligeramente elevada y enciende un habano. El pistolero vuelve a su lugar. Joe, el orador, alza la mano pidiendo silencio. Todos se callan. Está ofendido)*.

JOE — Ustedes, muchachos, me conocen. Yo no soy un rojo. Todavía llevo adentro el casco de granada que recibí en

la guerra. ¿Y creen ustedes que no me entero cuando hay humedad? No me digan "rojo". ¿Saben ustedes qué somos nosotros? Los muchachos negros y azules. Nos han estado pateando tanto tiempo que ya estamos amorotados desde los pies hasta la cabeza. Pero ya me doy cuenta que todo el que no piensa como el secretario es un rojo para los dirigentes del sindicato. ¿Y qué estupideces son estas de "ir a casita a comer la cena caliente"? Yo les pregunto en la cara a cuántos los esperan cenas calientes. El primero que esté seguro de su próxima comida, que levante la mano. Cierta caballero que está sentado detrás mío puede alzar las dos. ¡Pero aquí enfrente, nadie! Y por eso es que queremos ir a la huelga, para ganar un salario que nos permita comer.

UNA VOZ — ¿Y dónde está el Zurdo?

JOE — Honestamente, no lo sé, pero estoy seguro de que no se escapó. Ese mozo tiene más agallas que un pejerrey. Quizá sufrió un accidente, ya llegará... Pero no se dejen asustar por este cuento de los rojos. A menos que luchar por un salario los asuste... Tenemos que decidirnos. Mi mujer me hizo decidir la semana pasada, si quieren que les diga la verdad. Es tan evidente como la nariz en la cara de Sol Feinberg que necesitamos ir a la huelga. Volvemos a casa todas las noches después de ocho o diez horas en el taxi, y la patrona nos dice: "¡Por Dios, si ochenta centavos no es plata! Si ni porotos se compran con esa plata! Estás trabajando para la compañía", me dice. "Joe, no estás trabajando ni para mí ni para tu familia", me dice. "Mira, Joe; si no empiezas..."

I. JOE Y EDNA

Las luces se van apagando y un proyector fuerte ilumina el espacio que queda al costado de los hombres sentados. A los hombres se los ve muy vagamente en la penumbra, pero más prominente aparece Fatt fumando su grueso cigarro y a menudo echa bocanadas de humo dentro del haz de luz. Una mujer gastada, pero todavía atractiva, de unos treinta años entra en escena, secándose las manos en el delantal. Está parada con aire desgraciado cuando Joe aparece por el otro lado. Vuelve del trabajo. Por un instante ambos se miran en silencio.

JOE — ¿Y dónde están los muebles, querida?

EDNA — Se los llevaron. No pagamos la cuota.

JOE — ¿Cuándo?

EDNA — A las 3.

JOE — Pero no pueden hacer eso...

EDNA — ¿No pueden? Pero lo hicieron.

JOE — ¡Qué desalmados! Ya habíamos pagado tres cuartas partes.

EDNA — El hombre dijo que volvieras a leer el contrato.

JOE — Debemos haber firmado algún contrato falso.

EDNA — No, es un contrato en regla. Y tú lo firmaste.

JOE — No seas tan agría, Edna. *(Trata de abrazarla).*

EDNA — No, deja eso para el cine, Joe; a Clark Gable le pagan kilos de plata por hacerlo.

JOE — ¿Pero, qué clase de hogar es éste? A uno no le dan ganas de volver a casa. ¡Te lo juro!

EDNA — ¡Te lo juro yo! ¿Quién tiene la culpa?

JOE — ¿Qué? ¿Vamos a empezar de nuevo?

EDNA — ¿Y de qué quieres hablar, de libros?

JOE — Te voy a dar una cachetada.

EDNA — No, no lo harás.

JOE — (*Manso*). Oye, Edna, a veces me sacas de las casillas.

EDNA — No tienes más que mirarme, estoy muerta de risa.

JOE — No me insultes. ¿Qué puedo hacer yo si la época es mala? ¿Qué diablos quieres que haga? ¿Que me tire al río?

EDNA — No grites. Recién acosté a los chicos, para que no se den cuenta de que hoy no hay cena. Y si no le arreglo los zapatos a Emmy, mañana no podrá ir al colegio. Pero, mientras tanto, déjala dormir.

JOE — Pero, querida, hoy trabajé toda la tarde... Anduve cinco horas sin un pasajero. Es la crisis.

EDNA — Eso se lo cuentas al almacenero.

JOE — El taxi marcaba 2.20. Una mujer que andaba con un perro y estaba algo borracha me dió 25 centavos de propina, por error. Si me quieres escuchar, te diré que estamos llenos de oro.

EDNA — ¿Sí? ¿Cuánto?

JOE — Yo tomé un completo en una lechería. (*Le da las monedas*). Un dólar con cuatro.

EDNA — Sí, pero mañana se cumple el segundo mes de alquiler.

JOE — No me mires así, Edna.

EDNA — No te estoy mirando a ti, estoy mirando a través tuyo... ¡Pensar que todo iba a ser tan lindo! Un chalecito junto al arroyo, y rosas en la primavera... ¡Y eres un fracasado de marca mayor! Y si te crees que lo voy a soportar mucho más, estás loco de remate.

JOE — Yo buscaría otro trabajo si pudiera, pero es que no hay trabajo... ¿No lo sabes?

EDNA — Lo único que sé es que hemos tocado fondo.

JOE — ¿Y qué puedo hacer?

EDNA — ¿Quién es el hombre de la casa, yo o tú?

JOE — Esa no es una respuesta. ¿Por qué no me ayudas? Por Cristo, ¿no me vas a ayudar? En todo el día no he tomado más que un café con leche. Yo también tengo hambre. Me rompería los dedos trabajando si...

EDNA — Voy a abrir una lata de sardinas.

JOE — Ahora no. Ahora me vas a decir qué quieres que haga.

EDNA — Yo no soy Dios.

JOE — ¡Ah!, quisiera volver a tener 10 años y no tener que pensar en el próximo minuto.

EDNA — Sí, pero no tienes 10 años y debes pensar en el próximo minuto. Y tienes dos chiquilines rubios durmiendo en la pieza de al lado. Y necesitan comida. Y ropa. Y zapatos. Por no mencionar lo demás. Durante cinco años me he pasado las noches despierta oyendo latir mi corazón. ¡Por amor de Dios, Joe, haz algo! ¡No te quedes ahí! ¿Por qué no se juntan todos; por qué no hacen una huelga pidiendo aumento? Recuerdo que papá hizo una durante la guerra y le aumentaron. ¿No ves que me estoy volviendo una vieja bruja?

JOE — (*Se defiende*). Las huelgas no sirven.

EDNA — ¿Quién te lo dijo?

JOE — Y además eso significa que mientras dure no ves un centavo. Y después, cuando se acaba, la compañía no te quiere tomar.

EDNA — Bueno, supongámos que no te tomen. ¿Qué pierdes?

JOE — Bueno, ahora estamos sacando 6 ó 7 dólares por semana.

EDNA — Sí, el alquiler.

JOE — Ya es algo, Edna.

EDNA — No, no es algo. Los van a seguir empujando. Y les van a llegar a pagar 3 ó 4 dólares por semana, antes de que ustedes se den cuenta. Y cuando ganes 3 dólares por semana, también me vas a decir: ¡pero peor es nada!

JOE — Es que hay demasiados autos en la calle. Eso es lo que pasa.

EDNA — ¡Pero, grandísimo tonto! Deja que la compañía se preocupe por ellos. ¿No ves que si los taxis no dieran plata, los meterían en el garaje? ¿O crees que la empresa funciona nada más que para pagarle el alquiler a Joe Mitchell?

JOE — Lo que pasa es que no entiendes de negocios, Edna.

EDNA — No, pero sí entiendo esto: que tu patrón los está explotando a todos ustedes. Que les está sacando el jugo minuto a minuto. Y no sólo a ustedes, sino también a las esposas y a los pobres chicos que van a crecer raquíticos y desnutridos. ¿No ves que los chicos se nos resfrían continuamente? Parecen fantasmas. Betty no ha visto un pomelo en su vida. El otro día la llevé a la frutería, y señalando un cajón de pomelos me preguntó: “¿Y eso, qué es?” ¡Por Dios, Joe! ¿No comprendes que el mundo debe ser para todos?

JOE — Los vas a despertar...

EDNA — No me importa, si también te despierto a ti.

JOE — No me insultes. Un solo hombre no puede hacer una huelga.

EDNA — ¿Y quién dijo un hombre? Si son centenares en esa porquería de sindicato que tienen.

JOE — El sindicato no es una porquería.

EDNA — ¿No? ¿Y entonces, qué hace? Cobra la mensualidad y te palmean la espalda.

JOE — Están haciendo planes....

EDNA — ¿Ah, sí? ¿Qué planes?

JOE — No sé, a nosotros no nos dicen.

EDNA — ¡Pobrecito! ¿Así que esos hombres malos no le quieren contar al pobrecito Joe los plancitos que tienen para el sindicatito...? ¿Pero, qué te crees que es esto? ¿Una compañía de boy-scouts?

JOE — Sabes muy bien que son pistoleros. Los que lo dirigen te meten cuatro tiros por una moneda de cinco.

EDNA — ¿Y por qué aguantan eso?

JOE — ¿Qué? ¿No me quieres ver vivo?

EDNA — (*Después de una larga pausa*). No... me parece que no, Joe. Si no eres capaz de levantar un dedo para resolver nuestra situación, entonces no me importa.

JOE — Pero... querida, es que tú no comprendes...

EDNA — Ni tú ni todos esos cobardes que no quieren pelear. ¡Que los muelan y los hagan picadillo!

JOE — Pero es que una cosa es...

EDNA — ¡Saca la mano! Pero a mí no me van a hacer picadillo. Yo tengo otros planes. (*Empieza a quitarse el delantal*).

JOE — ¿Dónde vas?

EDNA — No te interesa.

JOE — Te traes algo bajo el poncho.

EDNA — Traería algo si por lo menos tuviera un poncho. (*Pliega cuidadosamente el delantal y lo deja en el respaldo de una silla*).

JOE — Dímelo.

EDNA — ¿Que te diga qué?

JOE — ¿Adónde vas?

EDNA — ¿Te acuerdas de ese novio que tuve?

JOE — ¿De quién?

EDNA — Bud Haas. Todavía lleva mi foto en el reloj. Y gana bien.

JOE — ¿Qué cosas estás diciendo?

EDNA — He oído cosas peores que las que yo estoy diciendo.

JOE — ¿Has visto a Bud desde que nos casamos?

EDNA — Quizá.

JOE — Si yo pensara... *(Se interrumpe y queda mirándola)*.

EDNA — ¿Qué ves? Mira m'hijito, si te crees que no lo voy a hacer, es porque no ves muy lejos.

JOE — Quieres asustarme...

EDNA — Ya no estamos como hace cinco años, Joe.

JOE — ¿Quieres decir que me dejas? ¿A mí y a los chicos?

EDNA — A ti te dejaría sin vacilar.

JOE — No...

EDNA — Sí. *(Joe se da vuelta y se sienta en una silla, dándole la espalda. Fuera del círculo iluminado oímos a los otros miembros del comité de huelga: "Lo hará... lo hará... Yo he conocido un caso", etc. Este grupo deberá ser usado a todo lo largo para los distintos comentarios: políticos, sentimentales, ocasionales, y en general se le dará el sentido de un coro. Se oyen murmullos... el gordo echa ahora una gran bocanada de humo al haz de luz)*.

JOE — *(Destrozado)*. Bueno, ahora no me queda ni una piana en la que pararme.

EDNA — ¿Ah, no?

JOE — *(Súbitamente furioso)*. No, rata de porquería, no. Y ahora mismo te vas de aquí. Vas a sacar el irrigador del

baño y te vas al primer hotel que encuentres por la calle. Y pensar que ese canalla ha estado viniendo aquí todas las mañanas y acostándose contigo mientras yo me rompía el alma en la calle...

EDNA — Te estás retorciendo como un gusano.

JOE — Tú te vas a estar retorciendo en seguida.

EDNA — ¡A mí no me asustas ni esto! *(Indica con el dedo media pulgada)*.

JOE — ¿Para eso me maté trabajando?

EDNA — Eso se lo preguntas a tu patrón.

JOE — A él no le importa un rábano de ti ni de mí.

EDNA — Justamente lo que yo decía.

JOE — No cambies de tema.

EDNA — ¡Pero si ese es el tema! Tu patrón es el tema. Yo no lo he visto en mi vida, pero es él quien me está metiendo ideas en la cabeza. Y es él quien le está inoculando a tus hijos esa enfermedad tan rara que se llama "tifus exantemático". Es él quien te está haciendo papilla y quien está poniendo arrugas en mi frente. ¡Ese es el tema! ¡Minuto a minuto él es el tema! ¡Es él quien me arroja en brazos de Bud Haas! ¿Cuándo diablos te vas a dar cuenta?

JOE — No soy tan tonto como piensas. Pero ya estás hablando como una roja...

EDNA — No se que quiere decir "roja". Pero cuando un hombre te voltea de un golpe, tú te levantas y le besas los puños. ¡Eres un gusano sin agallas!

JOE — Pero es que un hombre sólo no puede...

EDNA — *(Con alegría)*. Si yo no dije un hombre sólo. ¡Yo digo cien, mil, un millón! ¡Pero empiecen en tu sindicato! Que se junten todos los chóferes; que barran a esos

pistoleros como si fueran un montón de basura. ¡Párense como hombres y luchen por sus hijos y por sus mujeres! ¡Maldito sea! ¡Estoy cansada de la esclavitud y de las noches sin dormir!

JOE — *(Con ella)*. Es claro, es claro....

EDNA — Sí, pónganse punteras en los zapatos y fíjense adónde patean.

JOE — *(Da un salto y besa apasionadamente a su mujer en la boca)*. Oye, Edna, me voy a la calle 174 a buscar al zurdo Costello. Justamente el Zurdo decía el otro día... *(Se detiene de pronto)*. Oye... ¿y qué hay de ese tipo Haas?

EDNA — ¡Fuera de aquí!

JOE — Ya vuelvo. *(Sale corriendo. Durante un minuto Edna mira triunfalmente a su alrededor. Luego todo se oscurece, y cuando se encienden las luces normales, Joe Mitchell concluye lo que estaba diciendo)*. Y ustedes muchos conocen esto tanto como yo. ¡Hay que ir a la huelga! *(Abruptamente corta su discurso y vuelve a su silla. La escena se oscurece)*.

II. EL EPISODIO DEL AYUDANTE DE LABORATORIO

Se ve a Miller, un asistente de laboratorio, mirando curiosamente a su alrededor; y a Fayette, un industrial.

FAYETTE — ¿Le gusta?

MILLER — Mucho. Nunca había visto una oficina como ésta, si no es en las películas.

FAYETTE — Sí, yo muchas veces pienso que todos esos decoradores de interiores deben sacar sus ideas de Hollywood.

Nuestro país es extraordinario en ese sentido: jabones, cosméticos, heladeras eléctricas; con que sólo la señora consumidora sepa que las Garbos y las Grawforus las usan, y hay más ventas que las que una fábrica puede abastecer.

MILLER — Me temo que no sea tan fácil, mister Fayette.

FAYETTE — No, tiene razón. Estoy exagerando. La competencia es terrible hoy día. El mercado está saturado y se golpea contra un muro de cemento. Es mejor que los astrónomos se apuren y abran Marte a la expansión del comercio.

MILLER — ¿No será peor?

FAYETTE — ¿Fuma usted?

MILLER — No, gracias.

FAYETTE — ¿Un trago?

MILLER — Lo dicho, mister Fayette.

FAYETTE — Me gusta la sobriedad en mis trabajadores... en los expertos, quiero decir. En cuanto a esos polacos y esos negros, es mejor que se emborrachen; no los deja pensar. ¿Para qué lo hice llamar yo?

MILLER — Justamente lo que le iba a preguntar, si me lo permite.

FAYETTE — *(Palmeándolo en la rodilla)*. Me gusta su trabajo.

MILLER — Gracias.

FAYETTE — No veo la razón para que un joven de talento como usted no progrese junto con nosotros, que somos una empresa en pleno crecimiento. En nuestra organización se recompensa la lealtad. ¿Lo vió a Sigfrido esta mañana?

MILLER — No estuvo en el laboratorio en todo el día.

FAYETTE — Ayer le dije que le aumentara 20 dólares por mes, a partir de esta semana.

MILLER — No sabe lo feliz que hace usted a mi esposa...

FAYETTE — ¡Oh sí, ya puedo imaginármelo! (*Se rie*).

MILLER — ¿Eso es todo, mister Fayette?

FAYETTE — Sí, sólo que desde mañana pasa usted al laboratorio A. Sigfrido ya lo sabe. Por eso lo llamé. Su nuevo trabajo es muy importante. Sigfrido lo recomendó a usted muy calurosamente. Como un hombre de confianza. Trabaja usted directamente bajo las órdenes del doctor Brenner. ¿Le gusta eso?

MILLER — Mucho. ¡Es un químico muy importante!

FAYETTE — (*Lo mira muy sericmente*). Eso es lo que creemos, Miller. Tanto que le pedimos que usted se quede en el edificio todo el tiempo mientras trabaje con él.

MILLER — ¿Quiere decir comer y dormir adentro?

FAYETTE — Sí...

MILLER — Puede arreglarse...

FAYETTE — Magnífico. Usted llegará lejos, Miller.

MILLER — ¿Y puedo preguntar cuál es mi nuevo trabajo?

FAYETTE — (*Antes mira en derredor*). Gases asfixiantes...

MILLER — ¿Gases?

FAYETTE — Son órdenes de arriba. No tengo por qué decirle de dónde. Es un nuevo tipo de gas asfixiante para la guerra moderna.

MILLER — Ya veo...

FAYETTE — ¿Usted no sabía que una nueva guerra estaba tan cerca, verdad?

MILLER — No, se ve que no tenía idea.

FAYETTE — No necesito insistir sobre la importancia del secreto.

MILLER — Ya lo comprendo.

FAYETTE — Todo el mundo es hoy un campamento guerrero. Un fósforo puede encender el globo en 48 horas. Y al Tío Sam no lo van a agarrar dormido.

MILLER — (*A su lápiz*). Dicen que 12 millones murieron en la última, y que otros veinte fueron heridos o desaparecieron.

FAYETTE — Eso no nos preocupa. Si las grandes empresas se pusieran sentimentales por la vida humana, entonces no habría grandes empresas.

MILLER — Mi hermano y dos primos cayeron en la última.

FAYETTE — Murieron por una buena causa.

MILLER — Mamá dice que no.

FAYETTE — Esta vez no se tendrá que afligir por usted. Es muy valioso en la retaguardia.

MILLER — Está bien.

FAYETTE — Bueno, Miller. Lo dicho, véalo a Sigfrido, él le dará instrucciones.

MILLER — Usted debía haber visto a mi hermano, andaba en la bicicleta soltándose las dos manos...

FAYETTE — Y es mejor que traiga alguna ropa e implementos de afeitar mañana mismo. Y no se olvide de lo que le dije: nosotros somos una empresa en pleno crecimiento.

MILLER — Corría las cien yardas en nueve segundos ocho décimas...

FAYETTE — ¿Quién?

MILLER — Mi hermano. Está en el cementerio de Meuse-Argonne. Mamá estuvo en el año 26...

FAYETTE — Sí, esas cosas quedan. ¿Qué tal escribe usted, Miller? ¿Es legible?

MILLER — Y, más o menos.

FAYETTE — Una vez por semana quisiera que me elevara un informe.

MILLER — ¿Qué clase de informe?

FAYETTE — ¡Oh...! Unas cien palabras, una vez por semana. Sobre los progresos del trabajo del doctor Brenner.

MILLER — ¿No le parece que sería mejor pedírselo a él mismo?

FAYETTE — No le pregunté eso.

MILLER — Lo siento.

FAYETTE — Lo que quisiera saber es qué tal progresa su trabajo. Los informes serán confidenciales; estrictamente entre usted y yo.

MILLER — Quiere decir que yo tendré que vigilarlo...

FAYETTE — Exactamente.

MILLER — Pero es que yo no puedo hacer eso...

FAYETTE — Hay un aumento de 30 dólares por mes.

MILLER — Usted dijo 20.

FAYETTE — Ahora digo 30.

MILLER — Yo no sirvo para esas cosas.

FAYETTE — Cuarenta.

MILLER — El espionaje no me atrae, mister Fayette.

FAYETTE — Está usted usando palabras feas mister Miller.

MILLER — Son actividades feas.

FAYETTE — Piénselo, Miller. Sus posibilidades aquí son inmensas...

MILLER — No.

FAYETTE — Y estaría usted haciendo algo por su patria. Asegurando a los Estados Unidos que cuando esos malditos

japoneses nos ataquen, ya tendremos buenas armas que nos respalden. ¿No lee los diarios, Miller?

MILLER — Nada más que las historietas.

FAYETTE — Si estuviera usted entre bambalinas sabría que estoy diciendo la pura verdad. Bueno... no es necesario que lo decida ahora mismo. Piénselo a la hora del almuerzo.

MILLER — No.

FAYETTE — ¿Ya lo decidió?

MILLER — Me temo que sí.

FAYETTE — ¿Comprende las consecuencias de su acto?

MILLER — Pierdo el aumento...

(Al mismo tiempo) MILLER — ...y mi empleo.
FAYETTE — ¡Y su empleo!

MILLER — Usted no comprende... antes me voy a cavar pozos.

FAYETTE — Ese es un trabajo para inmigrantes.

MILLER — ¿Y espiar? ¿Fabricar gases asfixiantes? ¿Eso es para norteamericanos?

FAYETTE — Eso lo decide usted.

MILLER — Ya lo decidí.

FAYETTE — ¿Sin rencor?

MILLER — ¡No, con rencor! Yo no soy del tipo civilizado, mister Fayette. No hay nada suave ni elegante en mí. ¡Con mucho rencor! ¡Lo suficiente como para romperle la cara a usted y a todos los de su calaña! (Lo hace. La escena se oscurece).

III. EL JOVEN Y SU NOVIA

Una chica y un muchacho. Florence está esperando a Sid para que la lleve al baile.

FLORENCE — Algo tengo que sacar de esta vida. No fumo, no bebo, si Sid quiere llevarme a un baile, tengo derecho a ir. Si estuvieras enamorado hablarías de otro modo.

IRVING — Lo digo por tu bien.

FLORENCE — ¡No seas tan bueno!

IRVING — Mamá está enferma en la cama, y la vas a matar a preocupaciones. Ella no quiere que ese muchacho frecuente la casa, y tampoco que te encuentres con él en Crotona Park.

FLORENCE — Me voy a encontrar con él cuando quiera.

IRVING — Si te llego a ver, un servidor se va a ocupar de ti y de él. ¡Y con una sola mano!

FLORENCE — ¿Por qué están todos en contra de él?

IRVING — Mamá ya te lo ha dicho diez veces, no se trata de él, se trata de que no tiene nada. Claro, ya sabemos que es un muchacho serio y que se muere por ti. Pero con eso no se come.

FLORENCE — Los chóferes de taxi solían ganar bien.

IRVING — Sí, pero hoy en día ganan 5 ó 6 dólares a la semana. ¿Piensas formar una familia con eso? Lo que va a pasar es que dentro de unos meses se van a mudar aquí y yo voy a tener que mantener a dos familias en vez de una. Pero antes van a pasar por mi cadáver.

FLORENCE — Irving, nada me importa. ¡Yo lo amo!

IRVING — No eres más que una criatura y no sabes lo que quieres.

FLORENCE — Estoy detrás del mostrador todo el santo día. Y pienso en él...

IRVING — Mejor sería que pensaras en tu madre.

FLORENCE — ¿Acaso no me ocupo de ella? ¿Acaso no hago la cena y no te plancho las camisas...? ¡Bastante trabajo me dás! Y no me hagas callar; yo también traigo unos cuantos dólares a la casa. ¿No ves que yo quiero algo de la vida? ¿No ves que yo quiero un romance, un amor, chicos...? Yo quiero tener todo lo que la vida pueda darme.

IRVING — ¡Tú te ocupas de tu madre, y ojo con lo que haces!

FLORENCE — ¿Y si no lo hago?

IRVING — Entonces un servidor se va a ocupar de ti.

FLORENCE — Así no se le habla a una niña...

IRVING — ¡Y así le voy a hablar a tu amigo también, y no con palabras precisamente! Florence, si tuvieras dos ojos verías que es por tu bien que te hablamos así. Este no es momento para casarse. Más adelante, quizá...

FLORENCE — Sí, "más adelante quizá" nunca llega para mí. Por qué no mandamos a mamá a un hospital. Allí podrá morir en paz, en vez de quedarse mirando el reloj todo el santo día.

IRVING — Sí, pero para eso hace falta plata. Que es lo que no tenemos.

FLORENCE — ¡Plata! ¡Plata! ¡Plata!

IRVING — No cambies de tema.

FLORENCE — Si ese es el tema...

IRVING — Bueno, vas a dejar de verlo. (*Ella se da vuelta*).
¡Dios mío!, me acuerdo de cuando eras una criatura con rulos largos que caían en tu espalda... Y ahora tengo que gritarte en esta forma.

FLORENCE — Yo hablaré con él, Irving.

IRVING — ¿Cuándo?

FLORENCE — Le pedí que venga esta noche. Y vamos a hablar.

IRVING — Sí, pero no seas blanda. Hoy en día hay que ser duro. Hay que endurecerse como una roca o sucumbir.

FLORENCE — Ya descubrí eso. Sonó el timbre. Saca del fuego el huevo que puse para mamá. Déjanos solos, Irving. (*Entra Sid. Los dos hombres se miran fijamente durante un segundo. Irving sale*).

SID — (*Que entra*). ¡Hola, Florrie!

FLORENCE — ¡Hola, querido! Pareces cansado.

SID — No, es que vine sin afeitarme.

FLORENCE — Bueno. Arrima tu silla a la chimenea. Y yo voy a tocar el timbre para que nos traigan whisky y soda... como en el cine...

SID — Si esto fuera una película, yo habría traído un gran ramo de rosas.

FLORENCE — ¿Cuántas rosas?

SID — Y..., unas cincuenta o sesenta docenas, de esas con tallos largos, así de grandes...

FLORENCE — Oh, tontuelo...

SID — Y ese vestido que trajiste de París es maravilloso.

FLORENCE — Sí, Percy. Las faldas de terciopelo vuelven esta temporada. Madame La Farge me dijo hoy que la misma reina María había diseñado una para su ajuar.

SID — Sí, Florrie.

FLORENCE — Todas las princesas de los Balcanes usan vestidos así. (*Se pone en pose*).

SID — No se mueva. (*Con los dedos y la nariz imita una cámara que la fotografía. De pronto ella sale de su postura, va hacia él, lo abraza y lo besa tiernamente*).

SID — Tienes aspecto cansado, Florence.

FLORENCE — No, es que estoy sin afeitarme. (*Tiene una risa trémula*). - 13 -

SID — ¿Estás preocupada por tu mamá?

FLORENCE — No.

SID — ¿Y qué te preocupa?

FLORENCE — La guerra anglofrancesa.

SID — ¿Qué te preocupa?

FLORENCE — “Nosotros” me preocupa, Sid. Día y noche me preocupa, Sid.

SID — Hoy choqué con un camión. ¡Qué reto me dió! Yo iba manejando y no veía la calle. Yo también iba pensando en nosotros. ¡Y no necesitas decírmelo, ya sé lo que piensas! Yo soy para esta casa como el arsénico para las ratas.

FLORENCE — Para mí no...

SID — No, pero yo sé para quién.... Y también sé por qué. Y no los culpo. Ya hace tres años que estamos de novios...

FLORENCE — Tres años es mucho tiempo.

SID — Mi hermano Sam se enroló en la marina esta mañana. Es una manera de comer todos los días. Lo van a mandar a Cuba a bailar la rumba. Y no sabe nada de nada, más que... más que jugar al básquetbol..

FLORENCE — ¡Tú no hagas eso!

SID — No te aflijas, yo no soy de los que se escapan. Pero estoy tan cansado de esta vida, mi amor, que me tiraría al río. ¡Ni siquiera necesito preguntarte en qué piensas! Ya lo sé, porque yo estoy pensando en lo mismo.

FLORENCE — ¿Es sí o es no? No hay términos medios.

SID — Y la respuesta es NO, como un gran letrero luminoso que nos mirara desde Broadway.

FLORENCE — Quisimos tener chicos...

SID — Sí, pero esa vida no es para gente como nosotros. Cuando estamos juntos siento como truenos en el pecho. Si nos fuéramos juntos quizá pudiera mirar al mundo cara a cara y escupirle en el ojo, como un hombre. ¡Maldito sea! ¡Es duro ser un hombre en esta tierra!

FLORENCE — Pero hay algo que nos quiere solitarios, arrastrándonos por las tinieblas. ¿O es que nos quieren atrapar?

SID — Sí, son los grandes ricachones los que nos quieren hacer eso.

FLORENCE — Nos insultan.

SID — Y no nos aclaran qué es lo que pasa con nosotros, por qué no tenemos dinero. Ellos tienen el poder y los medios para estar seguros, y lo cuidan. Saben que si nos dan una pulgada —sólo una pulgada— todos nosotros les caeremos encima como un océano que los echaría a un infierno del cual no volverían más... ¡No deliro, Florence!

FLORENCE — Ya sé que no.

SID — No encuentro palabras para decirte lo que siento. Yo no terminé el primario.

FLORENCE — Ya lo sé...

SID — Pero es relativo, como dicen los profesores. ¡Trabajamos como locos para mandarle a la universidad, a mi hermanito, a Sam, y mira lo que hace! Se enrola en la marina. Ese estúpido no vé que las cartas se nos dan en contra. Que los ricos dan cartas y se aseguran los pokers de ases, y después a nosotros nos dan algo así como un par de diez para hacernos creer de que tenemos juego. Y así se pierde una puesta tras otra. Porque todas las cartas las tienen ellos. Y después te dicen: “¿Qué pasa que nunca ganas?” “Tienes buenas cartas, sin embargo”. Y chicos como mi hermano les creen. Porque no saben de otra cosa. Con toda su educación no entienden nada. Pero... espera un minuto. No viene él y te dice: este es millonario con una jazz... “Escucha, Sam o Sid, o Fulano o Zutano: No sirves para nada; y aquí tienes la oportunidad de tu vida”. “Todo el mundo sabrá quién eres; sí señor”, le dice. “Sube a este barco y lucha contra esos bastardos que hacen que este mundo sea una porquería. Los japoneses, los turcos, los griegos. Toma este fusil. Y mátalos como un héroe —le dice— como un verdadero norteamericano, sé un héroe”. ¿Y el pobre tipo a quien estás apuntando? Otro infeliz como tú, porque a él tampoco le han dado más que un par de diez. En su tierra es un tipo igual que yo y que Sam, que quiere tener un chico como tú y quiere ir a tomar sol a alguna playa. ¡Y le van a enseñar a Sam a que apunte donde no debe! A ese estúpido jugador de básquetbol...

FLORENCE — Querido, tengo un nudo en la garganta.

SID — Tú y yo, ni siquiera hemos tenido una sala donde sentarnos.

FLORENCE — El parque era lindo...

SID — ¿En invierno? Los zaguanes... Me alegro de que no nos hayamos casado. Así nunca sabremos lo que nos perdimos.

FLORENCE — *(Estalla)* ¡Sid, yo me voy contigo! Busquemos una pieza en alguna parte.

SID — No, ellos tienen razón. Si no podemos ir más allá de esto juntos, es mejor que nos separemos.

FLORENCE — Te juro por Dios que no me importaría.

SID — Te importaría dentro de un año o dos. Maldecirías este día. Yo conozco casos así.

FLORENCE — ¡Oh, Sid!

SID — Sí, es cierto, conozco casos. Estamos tristes, querida; tenemos la tristeza de 1935. Y hablo así porque te quiero. Si no te quisiera, nada me importaría...

FLORENCE — Trabajaremos juntos, ya verás...

SID — Sí, ¿y lo demás? Tu familia necesita tus 9 dólares. Y mi familia...

FLORENCE. — No me importa.

SID — Te parece, Florence. Eres un pequeño canario enjaulado.

FLORENCE — No te burles de mí.

SID — No me burlo, nena.

FLORENCE — ¡Sí, te estás riendo de mí!

SID — Te juro que no. *(Se miran el uno al otro imposibilitados de hablar. Por fin él toma un fonógrafo portátil y pone un disco. Es una piezaailable, triste, barata. Le hace una señal y ella va a él. Comienzan a bailar muy lentamente. Están fuertemente abrazados como si estuvieran por fundirse el uno en el otro. La música se*

detiene, pero el disco rayado continúa girando hasta el final de la escena. Dejan de bailar. Por fin él la suelta y la sienta en el diván, donde ella queda tensa y expectante). ¡Hola, nena!

FLORENCE — ¡Hola! *(Por un instante se miran como en sueños).*

SID — *(Resuelto)*. ¡Adiós, nena! *(Espera una respuesta, pero ella guarda silencio. Se miran).*

SID — ¿Oye; nunca te mostré cómo imito a Patty Rooney? *(Comienza a silbar "Rosy O'Grady" y lo zapatea. Se detiene. Le pregunta).* ¿No te gusta?

FLORENCE — *(Destrozada)*. No. *(Esconde el rostro entre sus manos. Súbitamente él cae de rodillas y hunde su cara en el regazo de ella. La escena se oscurece).*

IV. EL EPISODIO DEL ESPIA

FATT — Ustedes no saben cómo trabajamos por el gremio. Y los gritos no sirven de nada. Lo que pasa es que ustedes no pueden ver las cosas como yo las veo. Ahí tienen lo que pasa en su propia industria. Vean lo que pasó cuando los chóferes hicieron la huelga en Filadelfia hace tres meses. ¿Y dónde está Filadelfia? ¿A mil millas de aquí? No, apenas una hora de tren.

UNA VOZ — Dos horas.

FATT — Bueno, dos horas. ¡Qué diablo importa! Pero vamos a oír ahora a uno que realmente hizo la experiencia y puede hablar. Muchachos, aquí hay un hombre que ha

vivido todo el asunto de Filadelfia; salió con los compañeros, le pegaron como a los demás, y ahora está en la lista negra, igual que todos. Por eso está en esta ciudad. Estoy seguro de que su palabra les va a interesar mucho a todos ustedes. *(Anuncia)*. ¡Tom Clayton! *(Cuando Clayton avanza hacia el centro del escenario, Fatt lo empieza a aplaudir, aplauso que repercute débilmente aquí y allá entre el público. Clayton se para junto a Fatt)*. Muchachos, aquí hay un hombre que tiene experiencia en estas cosas. ¡Tom Clayton, de Filadelfia!

CLAYTON — *(Un individuo de aspecto modesto, delgado, aire mediocre)*. Muchachos, no me importa que me silben. Si yo pensara que eso serviría para que nosotros los chóferes ganásemos un poco más, yo los dejaría que me pisotearan y me cortaran en pedazos. Yo soy uno de ustedes. Pero lo que yo quiero decirles hoy es que Harry Fatt tiene razón. No hace más que cinco semanas que trabajo en esta ciudad, pero ya conozco las condiciones igual que los más viejos. Ya saben como son estas cosas. No hace falta usarlo mucho para saber dónde aprieta un zapato, camine uno donde camine. Pero Fatt tiene razón. Nuestros dirigentes tienen razón. Este no es el momento y un fruto no cae del árbol hasta que no es la época propicia.

UNA VOZ MUY NÍTIDA — *(Desde el público)*. ¡Que se siente!

FATT — *(Salta de la silla)*. A ver, muchachos. ¡Ocupense de ese!

LA VOZ — *(Entre el público, mientras se oye el ruido de una lucha)*. Nadie me va a echar a mí. *(Prosigue la lucha y*

por fin el propietario de la voz llega corriendo al escenario y se dirige al orador).

LA VOZ — ¡De dónde diablos sacaste ese nombre? ¡Clayton! Esta rata se llama Clancy, de los viejos Clancy de por aquí nomás. ¡Fruto!... ¡Casi me orino de risa oyendo eso!

FATT — *(El pistolero a su lado)*. Esto no es una taberna. ¡Qué te crees que estás haciendo aquí?

LA VOZ — Estoy denunciando a un canalla.

FATT — ¡Ah, no! Eso no te lo voy a permitir. A ver, muchachos, échenlo de aquí...

LA VOZ — *(Preparándose para resistir)*. ¡Por qué no tratas tú mismo? ¡Pero, crees que voy a permitir que este infeliz siga mintiendo? ¡Saben quién es éste? Un espía de la empresa...

FATT — ¡Y quién eres tú para?...

LA VOZ — Yo pagué mi cotización en este sindicato durante cuatro años. Ese soy yo. Yo tengo derecho. Y este provocador de porquería no tiene por qué venir aquí. ¡Yo sé quién es, y se lo voy a decir...!

FATT — Vas a probar lo que digas o te voy a hacer echar de todos los sindicatos del país.

LA VOZ — Yo tengo derecho a hablar. Yo tengo derecho. ¡Mírenlo! ¡Por qué no abre la boca?

CLAYTON — Usted señor es un mentiroso, y no lo he visto jamás en mi vida.

LA VOZ — Muchachos, este canalla estuvo dos años en las minas y destruyó todas las organizaciones donde pudo entrar. Hay cincuenta presos gracias a él. Y después reco-

rrió todo el país: marítimos, textiles, metalúrgicos, ha andado por todas partes. Y en este momento...

CLAYTON — Eso es mentira.

LA VOZ — Y en este momento trabaja para la organización de Bergman, de la calle Columbus, que facilita rompedores y espías a todas las empresas del país, antes, durante y después de los conflictos. *(El hombre que será el héroe del próximo episodio se pone a su lado, así como los otros miembros del comité de huelga).*

CLAYTON — Este está tratando de romper la asamblea...

LA VOZ — Pierde cuidado, no te vamos a registrar la ropa buscando credenciales.

CLAYTON — No tengo nada que ocultar. El mismo secretario sabe perfectamente quién soy.

LA VOZ — ¡Claro que sabe! ¡Muchachos, saben quién es este hijo de perra!

CLAYTON — Yo nunca lo he visto a usted...

LA VOZ — ¡Pero, muchachos! ¡Si yo he dormido con él en la misma cama 16 años! ¡Si esta porquería es mi hermano!

FATT — *(Después de una pausa).* ¿Es cierto eso? *(Clayton no contesta).*

LA VOZ — *(A Clayton).* ¡Y a volar de aquí antes de que te rompa el alma! *(Clayton huye por entre las butacas. La voz, mirándolo dice).* Fíjense bien en la cara y no se la olviden nunca. ¡Clancy! *(Volviendo a su lugar sigue).* Lástima que no previeras esto, ¿eh, Fatt? *(Después de una pausa).* El árbol de la familia Clancy también da frutos podridos. *(Parado solo a un costado del escenario, está ya el héroe del próximo episodio. La escena se oscurece).*

V. EL EPISODIO DEL MEDICO INTERNO

El doctor Barnes, un hombre de edad, de aspecto distinguido, habla por teléfono. Viste casaca blanca.

BARNES — No, yo ya le dí mi opinión dos veces. Ustedes me ganaron en la votación. Usted le hizo esto al doctor Benjamín, y va a tener que decírselo usted mismo. *(Cuelga el tubo enojado. Cuando está por servirse un trago de una botella que tiene sobre la mesa, se oye un golpe en la puerta).*

BARNES — ¿Quién es?

BENJAMÍN — *(Desde afuera).* ¿Puedo verlo un minuto, por favor?

BARNES — *(Esconde la botella).* ¡Adelante, doctor Benjamín! ¡Adelante!

BENJAMÍN — Es importante. Perdóneme que lo moleste. Pero han puesto a Leeds en mi lugar. Está operando a la señora Lewis —la histerectomía—; y ese caso es mío. Yo lo lavé, lo preparé... y recién a último momento me dijeron. No me importa que me sustituyan, doctor. Pero es que Leeds es un incompetente. No debieran permitirle...

BARNES — *(Seco).* Leeds es el sobrino del senador Leeds.

BENJAMÍN — Sí, pero es un incompetente.

BARNES — *(Cambiano de tema, toma una probeta).* Hoy en día hacen cosas maravillosas en cirugía del cerebro. Aquí tiene un magnífico ejemplar...

BENJAMÍN — Perdóneme creí que le interesaría.

BARNES — (*Sin quitar la vista de la probeta*). La verdad es que me interesa, joven. Pero no olvide que esa enferma es gratis.

BENJAMÍN — Por supuesto. De otro modo no lo habrían permitido.

BARNES — ¿Peligra su vida?

BENJAMÍN — Es claro que peligra. Ya sabe usted que serio es ese caso.

BARNES — Bueno, mire para otro lado, doctor. Pero andar retorciéndose como un grillo en un asador, no le va a servir de mucho. No se olvide que los médicos no dirigen este hospital. El es el sobrino del senador. Y él opera.

BENJAMÍN — ¡Qué lástima!

BARNES — Yo no lo culpo a usted, tampoco. (*Violentemente deja la probeta sobre la mesa*). ¡Pero, maldito sea! ¿Cree usted que yo tengo la culpa?

BENJAMÍN — (*Se está por ir*). Ya sé... lo siento mucho.

BARNES — ¡A ver, un momentito! ¡Siéntese!

BENJAMÍN — Disculpe, no puedo sentarme.

BARNES — Bueno, entonces quédese de pie.

BENJAMÍN — (*Se sienta*). Compréndame, doctor Barnes. No me molesta que me sustituyan a último momento. Pero es un caso flagrante de discriminación de clases. Simplemente porque se trata de una mujer pobre...

BARNES — Cuide sus palabras. Eso de la diferencia de clases no corre aquí. Son muy enérgicos ustedes los jóvenes brillantes, pero también muy idiotas. ¡Discreción! ¿Oyo alguna vez esa palabra?

BENJAMÍN — ¿Soy demasiado extremista?

BARNES — Precisamente. Y alguna vez —como en Alemania— eso le puede costar la cabeza.

BENJAMÍN — Por no mencionar mi empleo.

BARNES — ¿Así que le dijeron?

BENJAMÍN — ¿Si me dijeron qué?

BARNES — Que cierran la sala 3 el mes que viene. No necesito informarle que este hospital no se mantiene solo. Hasta el año pasado había una sociedad benéfica que hacía frente a los déficits... usted puede adivinar el resto. En una reunión de la comisión, el martes pasado, nuestros elegantes amigos descubrieron que no podían cubrir el déficit del último trimestre, que andaba ya por los 100.000 dólares. Y si este hospital tiene que seguir funcionando, lo mejor que se puede hacer...

BENJAMÍN — Es cerrar otra sala de atención gratuita.

BARNES — Así dicen.... (*Hay una pausa*).

BENJAMÍN — Pero eso no es todo.

BARNES — (*Avergonzado*). Y también hay que reducir personal...

BENJAMÍN — ¿Qué lástima! ¿Y eso me afecta?

BARNES — Me temo que sí.

BENJAMÍN — Pero, después de todo yo soy el hombre clave aquí. No digo que sea mejor que los otros, pero trabajo más.

BARNES — Y promete más...

BENJAMÍN — Yo siempre creí que empezarían a cortar por abajo.

BARNES — Así ocurre habitualmente.

BENJAMÍN — ¿Y en este caso?

BARNES — Complicaciones.

BENJAMÍN — ¿Por ejemplo? (*Barnes vacila*).

BARNES — Me gusta usted, Benjamín. ¡Es una vergüenza!

BENJAMÍN — Yo no soy una planta sensitiva. ¿Qué pasa?

BARNES — Bueno, se trata de una enfermedad vieja, ambulatoria, cancerígena. Y tenemos que encontrar una antitoxina para ella.

BENJAMÍN — Ya me doy cuenta...

BARNES — ¿De qué se da cuenta?

BENJAMÍN — Ya padecí esa enfermedad... en Harvard.

BARNES — Usted tiene antigüedad aquí, Benjamín.

BENJAMÍN — Sí, pero soy judío. (*Barnes asiente con la cabeza. Benjamín se queda callado un momento, y después se suena ruidosamente la nariz*).

BARNES — (*También se suena la nariz*). ¡Microbios!

BENJAMÍN — ¿Qué, hubo presión de arriba?

BARNES — ¡No crea que Kennedy y yo no lo defendimos!

BENJAMÍN — Y la discriminación se hace igual, a pesar de todos esos ricachones judíos que se sientan en el concejo.

BARNES — Yo ya lo había observado antes. Parece no haber mucha diferencia entre los judíos ricos y los cristianos ricos. Están cortados por la misma tijera.

BENJAMÍN — Yo no lo siento por mí. Aunque mis padres se sacrificaron enormemente para que yo pudiera llegar hasta aquí. Tenían un bazar, muy chico, en el Bronx, hasta que se fundieron con la última crisis. Mi padre anda por la calle vendiendo corbatas... Saúl Ezra Benjamín, un hombre que se pasó la vida leyendo a Spinoza.

BARNES — Los médicos no dirigen la medicina en este país. Los hombres que entienden, los expertos, no dirigen nada aquí. Si se exceptúa a los conductores de tranvías. Yo he visto

cambiar mucho a la medicina, he visto llegar la anestesia, la antisepsia, pero no a causa de los ricos, al contrario; ¡a pesar de ellos! Y en un país de ricos la verdadera personalidad de uno yace enterrada. ¿Microbios? Menos todavía... ¡Lombrices! Vea este tobillo, esta mano sensible y delicada. Hay 400 años detrás. Y un origen revolucionario. El espíritu del 76. Hicieron la constitución para los ricos, entonces y ahora. ¡Todas son tonterías! (*Suena el teléfono*).

BARNES — (*Furioso*). ¡Aquí Barnes! (*Escucha un momento, se vuelve y lo mira a Benjamín*). ¡Sí, ya veo! (*Cuelga y dirigiéndose al joven, dice*). Mataron a su enferma, doctor Benjamín. (*Este se queda de una pieza al recibir la noticia*). Finalmente se saca los guantes de cirugía y los tira al suelo).

BARNES — ¡Muy bien!... ¡Muy bien! ¡Joven apasionado, vaya y hágalo! Yo ya estoy muy viejo, soy un fósil; pero usted tiene toda la vida por delante, doctor Benjamín. Y cuando dispare el primer balazo, diga: ¡Este va por el viejo Barnes! Aunque es demasiado digno, balas. No se fusila a las lombrices. ¡Pisotéelas! Si yo no tuviera una hija paralítica... (*Barnes vuelve a su asiento y se suena la nariz en silencio*). Bueno, ya hice mi discurso, Benjamín.

BENJAMÍN — Hay muchas cosas de las que no estaba seguro. Hay muchas cosas que estos extremistas dicen... y uno no cree en las teorías hasta que no le ocurre...

BARNES — Usted perdió mucho hoy. Pero también ganó.

BENJAMÍN — Sí. Sé que tengo razón. Recién empiezo verdaderamente a creer en algo. No a decir "¡Qué mundo!",

sino a desear cambiar al mundo. Yo quería ir a Rusia. La semana pasada estaba pensando en eso. La oportunidad maravillosa de trabajar en una medicina socializada.

BARNES — ¡Hermoso! ¡Maravilloso!

BENJAMÍN — Poder trabajar...

BARNES — ¿Y por qué no va? Yo también podría...

BENJAMÍN — No hay nada que quiera con más ganas.

BARNES — Hágalo.

BENJAMÍN — No, nuestra tarea está aquí, en Norteamérica.

Yo estoy asustado... ¿Qué futuro me espera? No sé. Tendré que buscar algún empleo para seguir viviendo. Sé manejar; probablemente me emplearé en un taxi. Y estudiaré... y trabajaré... y aprenderé...

BARNES — ¡Y pisotéelos!

BENJAMÍN — ¡Sí! ¡Voy a luchar! Quizá me maten. ¡Pero, maldito sea! Saldremos adelante. *(Benjamín queda parado con los puños en alto. La escena se oscurece).*

KELLER — Damas y caballeros, y que no me digan que no hay alguna dama en este mar de rostros... sólo que son damas con pantalones. Bueno, quizá yo no entienda nada. A lo mejor porque me caí de la cuna cuando era chico, y desde entonces no ando bien, vaya uno a saber...

UNA VOZ — ¡Que se siente ese borracho!

KELLER — Oye, nene, ¿quién te paga por gritar eso? ¿El oro de Moscú? La verdad es que tengo un ojo de vidrio. Pero eso me vino de trabajar en una fábrica desde los 7 años. Se me saltó porque tenía que trabajar sin máscara. Allí no daban. Pero yo lo llevo como si fuera una medalla,

porque ese ojo le dice a todo el mundo a qué clase pertenezco: a la clase trabajadora. En ese sindicato también teníamos delegados, toda clase de secretarios, tesoreros, presidentes... hasta teníamos secretarios viajeros, pero esos no tenían callos en los pies. ¡Ah, no! Esos andaban con su gordo traste sentado en almohadones. *(El secretario y el pistolero demuestran con gestos su resentimiento).* Siéntense, muchachos. Yo digo eso del otro sindicato. Ya sé que aquí no es así. ¡Aquí no! Si aquí nuestros dirigentes son todos unos campeones. ¡Vean a nuestro secretario, sin ir más lejos! Es capaz de no dar un paso por no pisar a una cucaracha. No vayan a creer muchachos...

FATT — *(Lo interrumpe).* Está fuera de la cuestión.

KELLER — *(Al público).* ¿Estoy fuera de la cuestión?

PÚBLICO — ¡No, no! ¡Que hable!

KELLER — Sí, como les decía, estos dirigentes son unos fenómenos. Pero yo estoy afiliado al sindicato. Y nunca estuve en Filadelfia. Hoy no pude ponerme el distintivo del sindicato. Me pasó la cosa más absurda. Cuando saco el abrigo de la percha veo que sale humo. ¿Y, saben lo que pasaba? ¡Se estaba incendiando el distintivo! Como les digo, el pedazo de celuloide ardía y hedía como un zorrino. Vino la dueña de la pensión y me armó un escándalo bárbaro. ¿Y saben por qué? Porque el distintivo se había puesto colorado. Y llegó a ponerse tan rojo que al final se incendió. ¡De vergüenza! ¿Qué les parece?

FATT — ¡Siéntate, Keller, a nadie le interesa eso!

KELLER — ¡Sí que les interesa!

EL PISTOLERO — ¡Siéntate, como dice él!

KELLER — *(Sigue hablando)*. Y cuando termine... *(Su discurso es interrumpido por Fatt y el pistolero que a empujones lo sacan del escenario. El se desprende de ellos y corre al otro lado. Los otros dos se disponen a perseguirlo cuando los miembros del comité se interponen entre ellos. A Keller le han desgarrado la camisa. Este se dirige al público)*. ¿Cuál es la respuesta, muchachos? La respuesta es que si somos rojos porque queremos hacer una huelga, entonces también vamos a adoptar su saludo. ¿Saben cómo es? *(Levanta el puño)*. ¿Y saben lo que es esto? Un "uppercut". Es la vieja trompada a la mandíbula. Si algunos de los muchachos no tienen ni una camisa que ponerse. ¿Qué quieren los patrones, convertirnos en una colonia nudista? *(El público se ríe. Keller se adelanta y se coloca al medio del escenario, de manera que los otros chóferes se agrupan a su alrededor. No se rían, muchachos, esto no es nada cómico. Se trata de vuestra vida y de la mía. Esto es carne y sangre a todo lo largo. ¡Por Cristo! ¿No ven que nos están matando de a poco? Para que las hijas de papá hagan sus bailes en el Ritz. El papito tiene una hija y quiere que su foto salga en los diarios. ¡Dios mío! ¡Y eso se hace con nuestra sangre! Joe lo dijo, se trata de una muerte lenta o de morir peleando. ¡Es una guerra! (Durante todo este discurso Keller es rodeado por los otros seis obreros, de manera que de su actividad se desprende que todos ellos están diciendo estas palabras. Incluso alguno de ellos pueden tomar algunas líneas de este largo parlamento)*. Tú, Edna; Sid y Florrie; los otros muchachos; el viejo doctor Barnes. ¡Luchen con nosotros! ¡Es la guerra! ¡Que la clase obrera se

una y pelée! ¡Tenemos que demoler el matadero de nuestra vida! ¡Tenemos que volver a encontrar la libertad! Estos canallas gordos nos tratan de agitadores. Eso no es nuevo. Ahora los agitadores son rojos. Pero el hombre que me dió de comer en el 32 me llamaba camarada, y el que me recogió en la calle cuando me estaba muriendo también me llamaba camarada. ¿Y ahora, qué esperamos?... ¡No esperemos al Zurdo! A lo mejor no llega nunca. Y cada minuto... *(Aquí lo interrumpe un hombre que ha entrado corriendo por el pasillo central entre las butacas, viniendo desde la entrada. Sube corriendo a la escena gritando)*.

UN HOMBRE — ¡Muchachos! ¡Lo han encontrado al Zurdo!

LOS OTROS — ¿Qué? ¿Qué? ¿Dónde?

OTROS — ¡Sshhh! ¡No se oye!

UN HOMBRE — ¡Lo han encontrado al Zurdo!

KELLER — ¿Adónde?

UN HOMBRE — Detrás del garaje, con una bala en la cabeza.

KELLER — *(Gritando)*. ¿Lo oyen, muchachos? ¿Han oído? Escuchen. ¡de costa a costa! ¡Hola Norteamérica! ¡Hola Norteamérica! ¡Somos la avanzada de la clase obrera! Obreros del mundo, hermanos nuestros. ¡Y cuando caigamos, sabrán que fué por buscar un nuevo mundo! ¡Que nos hagan pedazos! ¡Vamos a morir por la verdad! Y que planten árboles frutales sobre nuestras cenizas. *(Al público)*. Y bien: ¿qué contestamos?

TODOS — ¡La huelga!

KELLER — ¡Más fuerte!

TODOS — ¡La huelga!

KELLER Y LOS OTROS DEL ESCENARIO — ¡Otra vez!

TODOS — ¡Viva la huelga!

LA ESCENA SE OSCURECE

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS